

URVio

Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana
Programa de Estudios de la Ciudad

ISSN: 1390-3691 • Septiembre 2009 | No. 8

www.revistaurvio.org



FLACSO
ECUADOR

URVIO

Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana
Programa de Estudios de la Ciudad

ISSN: 1390-3691 • Septiembre 2009 | No. 8

Presentación

El sicariato: ¿Un homicidio calificado? 7-9
Fernando Carrión M.

Editorial

Sicariato y crimen organizado: temporalidades y espacialidades 10-19
Daniel Pontón

Resumen

..... 20-27

Investigación

El sicariato: una realidad ausente 29-40
Fernando Carrión M.

Matadores de gente – reseña de una investigación etnográfica sobre el universo social de pistoleros y justicieros 41-60
Ricardo Henrique Arruda de Paula

Asalariados de la muerte. Sicariato y criminalidad en Colombia 61-74
Alexander Montoya Prada

Narcotráfico, narcocorridos y narconovelas: la economía política del sicariato y su representación sonora-visual 75-87
Alex Schlenker

Construyendo un programa de investigación sobre grupos de exterminio: desconfianza, mercados de protección privada y organizaciones criminales en Brasil 88-97
José Luiz Rattón y Eduardo de Alencar

Artículo

Violencia e identidad: las hinchadas de fútbol en Argentina 101-106
José Garriga Zucal

**La emergencia del problema delincriminal en un conjunto habitacional de población
relocalizada** 107-115
Walter Fernando Brites

Comparativo

por Lorena Flórez Holguin y Jaime Erazo Espinosa
..... 118-135

Entrevista

Entrevista a Alejo Vargas Velásquez 139-141
por Jaime Erazo Espinosa

Reseña

Vallejo, Fernando (2000). *La virgen de los sicarios*: Bogotá, Colombia. Grupo Santillana de Ediciones, S.A.
..... 145-146
Edwin Madrid

Salazar, Alonso (2004). *No nacimos pa' semilla*. Medellín: Booket 147-148
Mónica Freyle

Carlo, Philip (2007). *El Hombre de hielo: confesiones de un asesino a sueldo de la mafia*. Madrid: Editorial
Edaf 149-151
Noemí López P.

Aridjis, Homero (2007). *Sicarios*. México, D.F.: Santillana Ediciones Generales, S.A. 152-155
Amapola Naranjo

Bibliografía y enlaces

..... 162-165

Política editorial

..... 166-167

Contents



Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana
Programa de Estudios de la Ciudad

ISSN: 1390-3691 • September 2009 | No. 8

Presentation

- Contract killings: a qualified homicide?** 7-9
Fernando Carrión M.

Editor's note

- “Sicariato” and organized crime: temporal and spatial** 10-19
Daniel Pontón

Summary

- 20-27

Investigation

- Contract killings: an absent reality** 29-40
Fernando Carrión M.

- Gunman – The guide of an ethnographic research about the social universe of
gunman and punishers** 41-60
Ricardo Henrique Arruda de Paula

- Wage earners of the death. Sicariato and criminality in Colombia** 61-74
Alexander Montoya Prada

- Drugs, narcocorridos and narconovelas: Political economy of contract killers and
their visual and acoustic representation** 75-87
Alex Schlenker

- Building a research program on extermination groups: distrust, private protection
markets and criminal organizations in Brazil** 88-97
José Luiz Rattón y Eduardo de Alencar

Article

Violence and identity: football supporters in Argentina 101-106
José Garriga Zucal

The emergence of delinquency problem in a housing of relocated population
..... 107-115
Walter Fernando Brites

Comparative section

by Lorena Flórez Holguín y Jaime Erazo Espinosa
..... 118-135

Interview

Interview to Alejo Vargas Velásquez 139-141
by Jaime Erazo Espinosa

Book reviews

Vallejo, Fernando (2000). *La virgen de los sicarios*: Bogotá, Colombia. Grupo Santillana de Ediciones, S. A.
..... 145-146
Edwin Madrid

Salazar, Alonso (2004). *No nacimos pa`semilla*. Medellín: Booket 147-148
Mónica Freyle

Carlo, Philip (2007). *El Hombre de Hielo: confesiones de un asesino a sueldo de la mafia*. Madrid: Editorial Edaf 149-151
Noemí López P.

Aridjis, Homero (2007). *Sicarios*. México, D.F.: Santillana Ediciones Generales, S.A. 152-155
Amapola Naranjo

Bibliography and links

..... 162-165

Editorial policy

..... 166-167



Artículo

Foto por: Héctor Banda / Mexicali, México

Violencia e identidad: las hinchadas de fútbol en la Argentina

Violence and identity: football supporters in Argentina

■ José Garriga Zucal¹

Fecha de recepción: julio 2009

Fecha de aceptación y versión final: septiembre 2009

Resumen

El fútbol, y en particular la violencia en el fútbol, son temáticas relegadas de la discusión académica, aunque en cierto sentido esta situación se ha ido revirtiendo en los últimos años. La violencia en el fútbol ha sido hasta aquí explicada como una acción irracional propia del estado de incivilización de los sectores más bajos de la sociedad; y por esta razón, los violentos son comúnmente denominados como seres irracionales e incivilizados: salvajes, bárbaros, inadaptados y demás sustantivos denigrantes. Aquellas interpretaciones que conciben a la violencia como una acción irracional, propia de un estadio de barbarie, eluden la representación social de estas acciones y sus relaciones con otros fenómenos sociales. El trabajo de observación participante con los simpatizantes de un club de las divisiones de ascenso del fútbol argentino tuvo como resultado exponer los vínculos existentes entre los actos de violencia y las formas de identificación.

Palabras clave: fútbol, violencia, *aguante*, hinchadas, identidad

Abstract

The soccer, and in particular the violence in it, are subjects relegated of the academic debate, although lately this situation has began to revert in a certain sense. Until now the violence in soccer has been explained as an irrational action characteristic of the initialization condition of the lowest social sectors. And it is for this reason that the violent ones are commonly characterized as irrational, uncivilized, wild, barbarians, unadjusted and with other slanderous qualifiers. Those explanations that conceive the violence as an irrational action characteristic of a barbarian condition, evade the social representation of these actions and their relationships with other social phenomena. The participant observation with the fans of a club of the ascent divisions of the Argentinian soccer exposed the relationship between the violent acts and the forms of identification.

Keywords: football, violence, *aguante*, supporters, identity

¹ Pertenencia institucional: CONICET - Universidad Nacional de Gral. San Martín. Dirección postal: A. Álvarez 4415, (B1603APU), Villa Martelli, Buenos Aires, Argentina. Dirección de mail: garrigajose@hotmail.com. Artículo entregado en abril de 2009.

Fútbol y violencia en Argentina

La violencia en el fútbol, y en general todo tipo de acción violenta, suele ser entendida vulgarmente como un gesto de incivilización, barbarie y salvajismo; la expresión máxima de una acción irracional. En el fútbol cuando estos hechos ganan páginas en los medios de prensa se menciona la aparición de “los inadaptados de siempre”, “las bestias”, “los irracionales”, etc. Del mismo modo, los funcionarios públicos, aquellos que deberían proyectar planes concretos para la prevención de estos fenómenos, entienden las prácticas violentas como el caso excepcional producido por un pequeño grupo de “locos”.

Con el objetivo de desentrañar las lógicas de estas prácticas, que parecían ser el ejemplo del sinsentido, realicé un trabajo de campo con los miembros de una hinchada de fútbol², grupo organizado de espectadores, comúnmente llamados “barras bravas”. La inclusión al grupo fue dificultosa en los inicios de la investigación, ya que mis intereses académicos eran mal interpretados por estos sujetos, quienes me confundían con un policía o con un periodista, ambos asociados a la denuncia y persecución de sus acciones. Con el correr del tiempo fueron aceptando mi presencia y en la interacción con ellos comprendí los sentidos que asignaban a estas prácticas.

La lógica oculta de la violencia está en el juego identitario. Tiempo atrás, Archetti (1985) sostuvo que los espectadores en el fútbol jugaban un juego distinto al deportivo, y que en sus canciones, saltos y luchas se

dirimían señales identitarias. Estos “juegos”, poco tienen que ver con el espectáculo futbolístico. Entonces, analizaré las prácticas violentas de los integrantes de hinchadas de fútbol, tratando de entender no sólo los sentidos subyacentes de prácticas que son representadas como sin sentido, “irracionales”, sino buscando comprender cómo estas acciones se constituyen como señales identitarias.

A pesar del exhaustivo trabajo sobre la *violencia*, sigo encontrando escollos conceptuales y empíricos. El primero tiene que ver con la definición de violencia. La violencia, de por sí, es un concepto complejo y huidizo, que parece tener tantas definiciones como actores. La mayor parte de los investigadores (Isla y Miguez, 2002) no arriesgan una definición universal de lo que es entendido como violencia, sino que la buscan en los parámetros de enunciación de cada sociedad, en un tiempo determinado. Lo que se define como violencia es parte de un debate que atañe a cada cultura, donde las partes que discuten los sentidos de la misma no sólo tienen posiciones asimétricas de poder, sino que presentan posturas contradictorias, inconclusas y confusas.

El segundo problema, de orden empírico, radica en la definición nativa de la práctica. La violencia no es un término nativo de los miembros de una hinchada de fútbol. Ellos califican a sus prácticas como “combates” o peleas; nunca mencionan que participaron de “hechos violentos” ni, menos aún, que son “actores violentos”, sino que afirman ser sujetos con *aguante*. En este segundo problema encontramos la pista para el recorrido de este trabajo: el *aguante*.

El aguante

Las hinchadas son grupos de espectadores jerárquicamente organizados, reunidos en torno a un club de fútbol. Las hinchadas de fútbol, conocidas comúnmente como “Barras Bravas”, autodenominadas “hinchadas” o “bandas”, no son el único grupo que se organiza para seguir a su club, sino que existen

2 El trabajo de campo se realizó con los miembros de la hinchada del club Huracán. Dicho club es uno de los más reconocidos de Argentina (para muchos es el sexto club más grande del país luego de River Plate, Boca, Independiente, Racing y San Lorenzo). Está ubicado en el barrio de Parque Patricios en la zona sur de la ciudad de Buenos Aires. El clásico rival de Huracán es San Lorenzo.

otras asociaciones de espectadores como la “Subcomisión del hincha” u otros grupos de hinchas militantes (Alabarces, 2004; Moreira, 2005). La hinchada, a diferencia de éstos, tiene aceitadas relaciones con la institución, ya que recibe favores de parte de la dirigencia de los clubes: entradas, micros, dinero, ropa deportiva, etc. Estos favores están, según ellos, bien ganados por ser los únicos espectadores que tienen tres cualidades distintivas, que los diferencian, los aglutinan y los distinguen del resto de los espectadores: “Ir a todos lados”, “alentar siempre” y “aguantar”.

La primera, “ir a todos lados”, está vinculada con la fidelidad al equipo. Estos simpatizantes afirman ser aquellos que, a pesar de las condiciones desfavorables, asisten a los partidos sin importar si la adversidad tiene facetas deportivas o climáticas o de largas distancias. En algunas oportunidades, esta lealtad los arrastra a miles de kilómetros para ver un partido de su equipo o los presenta alentando en forma incondicional, más allá de las continuas derrotas o el descenso de categoría.

La segunda cualidad, “alentar siempre”, está vinculada al fervor. Ellos son los únicos espectadores que durante todo el encuentro deportivo saltan y cantan, alentando a su equipo sin importar si este pierda, gane o empate. En un encuentro con Argentinos Juniors, el equipo de Huracán perdía tres a cero, y los integrantes de “la hinchada”, afónicos y eufóricos, saltaban gritando la grandeza del club y elogiando su propia actitud de no desilusionarse ante la derrota.

La tercera cualidad, la de “aguantar”, será ampliamente desarrollada en estas páginas, y tiene que ver con las prácticas violentas. Los miembros de “la hinchada”, según ellos mismos, ponen a disposición del honor del club sus posibilidades violentas para no ser ofendidos por las parcialidades adversarias. Es decir que “los pibes” –los miembros de “la hinchada”– consideran que, subyacente al encuentro futbolístico, se dirimen cuestiones de honor y prestigio del club y de sus simpatizantes que sólo pueden debatirse en el plano

de la violencia. Un interlocutor en una charla decía al respecto: “no sabés las veces que yo me jugué la vida por Huracán” (Ramón, entrevista 18/04/2004). En esta frase, el integrante de “la hinchada” relaciona el honor del club con la violencia y se muestra como actor en la defensa de la *virtud* de la institución.

El *aguante* es el concepto nativo sobre el que se construyen los sentidos de pertenencia de la hinchada, concepto que instituye identificaciones. La hinchada, a diferencia de los otros actores que tienen prácticas violentas en el fútbol, hace de estas acciones un valor positivo, un arma de distinción. Ésta es la forma nativa que tienen los hinchas de definir prácticas y representaciones que los investigadores sociales concebimos como violentas.

El *aguante* remite a la hombría, a la acción violenta y al honor. Es necesario deshacernos de preconceptos y modelos condenatorios para comprender la lógica inherente a este concepto nativo. De otra forma, no entenderíamos que la violencia, como acción, es meritosa de honor y prestigio (Moreira, 2005); y que este honor se vincula en alguna dimensión a la conformación de modelos masculinos.

Para los integrantes de la hinchada, pelearse contra una hinchada rival, “apretar” a espectadores que no son parte del grupo y enfrentarse con la policía son prácticas que nutren de honor a sus actores. Ésta es la forma que tienen de expresar valentía, coraje, ausencia de temor, conocimientos de lucha y saberes de resistencia al dolor. Exteriorización que sólo tiene validez cuando se hace de forma práctica: para demostrar que se tiene *aguante* deben pelearse, ya que las posesiones discursivas del *aguante* son concebidas como falsas (Garriga, 2005). Es decir, uno puede recordar peleas o mostrar cicatrices para exhibir la participación en peleas, y así demostrar la posesión del *aguante*, pero es siempre la práctica la que testifica dicha posesión (Alabarces, 2004). Aquel que rehúsa una lucha, un enfrentamiento “mano a mano”, no tiene cicatrices suficientes que puedan probar su *aguante*.

Participar en episodios violentos es la prueba de posesión del *aguante*. Pelearse permite el ingreso al grupo de pares, al mismo tiempo que afirma el honor y el coraje. El *aguante*, por esto mismo, al definir la pertenencia grupal, opera conformando una distinción. Así podemos observar que otros espectadores de fútbol tienen un concepto parcial del *aguante* que no es el mismo que el de los miembros de la banda (Garriga, 2005). La diferencia radica en “las peleas”, en “los combates”; mientras algunos espectadores llaman *aguante* al fervor y a la fidelidad por el club de sus amores; los miembros de la hinchada señalan el *aguante* vinculado al enfrentamiento corporal.

Aguantadores o violentos

Las prácticas de los hinchas son reprimidas por la policía, juzgadas en los tribunales y condenadas por la opinión pública. El *aguante* es estigmatizado y condenado. Sin embargo, los miembros de la hinchada obstinadamente siguen apostando a esos diacríticos para distinguirse e identificarse (Alabarces 2004, Moreira 2005, Garriga 2007). La señal que ubica a sus prácticas dentro de los límites de las acciones no válidas, aquel que reviste de ilegitimidad sus acciones, tiene para los hinchas otro significado, es una marca honrosa de su inclusión grupal. Pelearse es un signo de prestigio.

Su obstinación no es el resultado del desconocimiento de la condena social. Por el contrario, conocen los valores que la sociedad otorga a sus habilidades distintivas, saben que son designados como “violentos”, “bárbaros” y “salvajes”. Pero modifican la valoración negativa que la sociedad asigna a sus prácticas, convirtiéndolas en acciones que los nutren de honor y prestigio.

Los hinchas dialogan con las definiciones que la sociedad asigna a sus prác-

ticas y a su grupo. Ellos preferirían ser observados y definidos como aguantadores y miembros de la hinchada y no como “barras violentos” ni muchos menos como violentos. Varias veces escuché cuestionamientos y enojos ante las definiciones de “violentos”. La mayor parte de las veces estas controversias estaban relacionados con la acción violenta de otros grupos sociales y, entonces, en términos comparativos, debatían la rotulación que sobre ellos recaía. En una oportunidad, Coco hablaba del atentado terrorista que destrozó la AMIA³ en Buenos Aires; el relato sumamente acongojado finalizó con unas palabras claras y concisas: “después nos dicen violentos a nosotros”.

En el mismo sentido, mientras mirábamos con Ramón en la televisión una feroz represión policial contra un grupo de partidarios políticos, él comentaba sarcásticamente sobre el accionar policial: “ellos pueden pegar y nadie les dice nada... nosotros tiramos una piedrita y la dibujan que somos más jodidos que Hitler”. Las risas finales ponían sobre el tapete la impugnación sobre los significados de la violencia, al mismo tiempo que construía un nosotros edificado en el *aguante*.

Pero el poder de la definición hegemónica es verdaderamente efectivo. Los hinchas aceptan que son “barras bravas” y “violentos”. “Es lo que somos”, indicaba con una mueca sarcástica Coco, cuando le pregunté si se consideraban violentos. Son “las reglas del juego” repetía una y otra vez, argumentando que de no ser así, el resto de los grupos se aprovecharían de su debilidad. La eficacia de la definición foránea los ubicaba en una posición desvalorizada respecto al resto de la sociedad. Jorge en cierta ocasión me preguntó qué pensaba mi mujer de que yo trabajara con

3 En 1994 una bomba estalló en la Asociación Mutual Israelita de Buenos Aires, dejando numerosos muertos y heridos.

“estúpidos” como ellos. La definición de su grupo era la de “estúpidos” porque era el único adjetivo que le cabía a un grupo de “drogados y borrachos que se andan cagando a palos por la vida”. La grupalidad de la hinchada era para Jorge, en esta oportunidad, definida desde la visión hegemónica. Y remarcamos lo situacional de la definición, ya que tantas otras veces Jorge definió a su grupo desde la positividad del *aguante*.

Asimismo, Coco en una oportunidad definió a su grupalidad como “mogólicos”, “es lo que somos”, decía nuevamente. Además, mencionaba que ellos se arriesgaban “por nada”, por “la camiseta”, mientras que otros grupos, los que ejemplificaba con “los que andan choreando” – robando-, ponían en juego su libertad por cosas más importantes, como llevar “un plato de comida a la mesa”.⁴ Para Coco eran “mogólicos” porque se arriesgaban “por nada”. Desde su óptica en comparación con los “chorros” ellos tomaban riesgos sobre la vida y la libertad con una posibilidad nula de rédito. Ser “mogólico” es jugársela por algo tan poco material como “la camiseta”. La definición no tenía como correlato la mirada hegemónica de la sociedad sino la mirada de “los chorros”. En cambio, para Jorge eran “estúpidos” porque la sociedad definía de esa forma a sus prácticas.

Observamos como la hinchada dialoga con la significación que la sociedad insinúa sobre sus prácticas distintivas. Los miembros de la hinchada convierten el estigma en un emblema al hacer de la violencia una señal positiva, vinculada al honor y al prestigio. Ahora, es necesario pensar cómo se conforma ese emblema en diacrítico identitario.

4 La frase oculta la posibilidad que tienen los hinchas de conseguir trabajos y favores por ser parte de la hinchada.

El aguante, una identidad violenta

Toda identidad es relacional. Los miembros de las hinchadas definen un “nosotros” violento, diferenciándose de aquellos que no hacen de la violencia una señal identitaria. Esto es posible sólo a través de los mecanismos de distinción, de la muestra y exhibición del *aguante*. Las estrategias de distinción son contextuales y relacionales. Según cada contexto determinado y cada tipo de relación social se utilizan distintos mecanismos de diferenciación. En algunos casos es necesario el uso de la violencia física y en otros sólo es preciso cantar una canción o relatar una pelea. Pero las herramientas de distinción también son diferentes según los contextos y las situaciones específicas. Por ello, a veces puede terminar “a las piñas” una relación social con alguien que no pertenece al grupo o, por el contrario, una discusión entre pares o una posible pelea con la hinchada rival puede ser sorteada.

Las señales que sirven para definir un “nosotros” son acciones que el resto de la sociedad y, hasta ellos mismos, consideran como violentas. La violencia, a pesar de su bagaje negativo y estigmatizado -o tal vez por esto mismo-, se constituye como un lugar propicio donde construir identidad. Dos son las ganancias de la identificación violenta. Y ambas son el resultado final de la construcción de sujetos aguantadores. Por un lado, genera fuertes sentimientos de pertenencia, permitiendo a los identificados “ser alguien” o “ser parte”. Se crea un “nosotros” estable y sólido en función del rechazo que tienen sus prácticas distintivas. Por otro lado, y como resultado de estos mecanismos de identificación, la “elección” de acciones espectacularizadas y confrontadas desde la “normalidad” como diacríticos, adquiere una relevancia no posible para otras identificaciones. Establece rápidamente “otredades” y “nosotros” que más allá de la condena funcionan como espacios significativos donde exhibir características que definen su identidad.

Los significados de pertenencia e identidad son contruidos con mayor eficacia cuando se es reconocido, sin importar la conceptualización negativa.

Identificarse con prácticas estigmatizadas, conociendo la condena que sobre éstas recae, es una operación que lleva al extremo el ejercicio de la identificación y diferenciación. Conocer estos sentidos tira por tierra el vínculo que se establece entre violencia y sinrazón. Pero ahondando en la desnaturalización del sentido común sobre la violencia, debemos encargarnos de dos lugares comunes contruidos con tozudez y tenacidad. El primero es la relación entre violencia y pobreza. Los datos de los trabajos etnográficos han tirado por tierra las hipótesis que afirman que la violencia está vinculada a la exclusión social. En el caso argentino, la composición social de las hinchadas es heterogénea: conviven miembros de los sectores más bajos de la sociedad – una mayoría- con sujetos que provienen de otros estratos sociales. Por ello, los datos permiten afirmar que en el caso del fútbol, como en otros planos de la sociedad: no todos los pobres son violentos ni todos los violentos son pobres. Segundo, la violencia no debe pensarse como marca esencial de estos actores. Estos espectadores, que construyen en la violencia su lógica de pertenencia en el contexto del fútbol, en otros espacios sociales, donde priman otros valores, sus relaciones tienen vínculos que no se afianzan en la violencia. □

Bibliografía

- Archetti, Eduardo (1985). “*Fútbol y ethos*”. Buenos Aires: FLACSO.
- Alabarces, Pablo (2004). *Crónicas del aguante: Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Garriga Zucal, José (2005). “Soy macho porque me la aguanto. Etnografías de las prácticas violentas y la conformación de las identidades de género masculinas” en Alabarces, Pablo et al (comp.), *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.
- Garriga Zucal, José (2007). *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*. Buenos Aires: Prometeo.
- Isla, Alejandro y Míguez, Daniel (2003). “De la violencia y sus modos. Introducción” en Isla, Alejandro y Míguez, Daniel (comps.): *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.
- Moreira, Verónica (2005). “Trofeos de guerra y hombres de honor”, en Alabarces, Pablo et al (comp.), *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.